

5

LA BATALLA

DE LEPANTO,

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



GRANADA: 1850. IMPRENTA DE D. J. ZAMORA.

—○○—
Es propiedad de su autor.
—○○—

SR. D. JOSE DE CASTRO Y OROZCO,

marqués de Gerona, vizconde de Castro y Orozco, comendador de la real y distinguida orden americana de Isabel la Católica, caballero de la de Carlos III, académico de la historia, regente interino de esta audiencia territorial &c.

Cuando no era conocido de V. sino por el escaso nombre que me han dado mis débiles trabajos literarios; cuando, segun las condiciones del certámen de juegos florales del Liceo, estaba envuelta por el anónimo mi composicion á la Batalla de Lepanto, los honrosos elogios en que, respecto á ella, abunda el discurso calificativo pronunciado por V. como presidente del jurado en un acto solemne y ante un público respetable, conmovieron mi alma y tal vez mi orgullo, por que aquellos elogios eran un doble premio no esperado, y por lo tanto mas precioso. Quien como V. sabe estimular el desaliento, y premiar los afanes de la juventud arrojando magnificas esperanzas en el áspero camino del saber, es altamente merecedor de que quien le debe tan hermoso premio, le ofrezca un testimonio público de su agradecimiento. Hoy que todo se ha prodigado, que todo ha palidecido ante el abuso, el ridiculo y los intereses materiales, una dedicatoria es pobre é insuficiente, mas lo único que puedo ofrecer á V. de una manera digna de los dos. Acéptela V. no por lo que vale, sino por lo que significa respecto á mi intencion y con ella el afecto que le ofrece

Manuel Fernandez y Gonzalez.

Granada 15 de julio de 1850.

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

OF THE UNITED STATES OF AMERICA
FROM THE FIRST SETTLEMENTS
TO THE PRESENT TIME

BY
JAMES OSGOOD

THE HISTORY OF THE UNITED STATES
OF AMERICA
FROM THE FIRST SETTLEMENTS
TO THE PRESENT TIME
BY
JAMES OSGOOD

THE HISTORY OF THE UNITED STATES
OF AMERICA
FROM THE FIRST SETTLEMENTS
TO THE PRESENT TIME
BY
JAMES OSGOOD

THE HISTORY OF THE UNITED STATES
OF AMERICA
FROM THE FIRST SETTLEMENTS
TO THE PRESENT TIME
BY
JAMES OSGOOD

THE HISTORY OF THE UNITED STATES
OF AMERICA
FROM THE FIRST SETTLEMENTS
TO THE PRESENT TIME
BY
JAMES OSGOOD

.....
La obra merecedora del premio de la flor de oro (1) es, á nuestro juicio, el canto épico que tiene por lema estos versos del inmortal Herrera:

«Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar el trace fiero.»

Hay en esta composicion entusiasmo patrio, entonacion robusta y vigorosa, vuelos atrevidos de imaginacion, y calor poético que jamás decae; antes bien *rebosa* y se *derrama*, si nos es

(1) Este fragmento pertenece al discurso pronunciado el domingo 7 de julio actual en la sesion pública de juegos florales de la seccion de literatura del Liceo de Granada, por don José de Castro y Orozco, como presidente y en nombre de los señores don Policarpo Santisteban Morales, don Nicolás de Roda, don Cristóbal de Pascual, y don Zacarías Acosta, jueces nombrados por la seccion para calificar las composiciones presentadas al certámen general sobre la «BATALLA DE LEPANTO.»

permitida esta frase oriental, famosa en las inscripciones de nuestra Alhambra. Campean á la par en ella la mayor regularidad y sencillez de la fábula, al lado de una versificación siempre pura y castiza en majestuosas octavas reales, que recuerdan cantos épicos de gran celebridad en nuestra moderna historia literaria. Estas dotes son tanto mas estimables, cuanto que sobresalen en un poema de muy cortas dimensiones.

Os he dicho, señores, que no aceptabamos en este puesto el privilegio de una autoridad que solo vuestra bondad podria concedernos; y voy á daros una prueba de ello, presentando á vuestro exámen alguna que otra de las bellezas que brillan en esta preciosa obra.

El poeta se entusiasma con el recuerdo de las glorias españolas, que son el objeto de la introduccion de su canto; las describe rápida y magníficamente, y dice así, hablando de la extension del poder y de las universales conquistas de nuestros abuelos:

«A la voz del gigante soberano
retemblaban cobardes las naciones;
aterróse en sus rocas el britano,
al fiero retronar de sus cañones:
dobló humilde su espalda el Océano
bajo sus invencibles galeones,
y el pueblo rey para admirar su gente
de su inmenso sepulcro alzó la frente.

Flandes, Italia, Francia, al abrasado
africano confin: el rico suelo
por el Inca magnífico habitado;
desde el oriente á la region del hielo,
campo de triunfo dieron al soldado
de España vencedor, y si hasta el cielo
no fué á asaltar las refulgentes salas
no quedó por valor, sino por alas.»

El poeta que así sabe mostrar en sus gigantes hipérboles toda la lozanía del genio andaluz, hijo y sucesor legítimo de los espléndidos tesoros de la musa oriental, sabe contenerse también dentro de los límites de la epopeya, y retratar después de un solo rasgo, pero firme, original, admirable, la persona del fiero Ali-Bajá, almirante de la escuadra turca.

«Avanzado al bauprés; la frente oscura,
por fatídica ruga señalada,
la agudísima y blanca dentadura
tras los convulsos labios apretada;
torba en sus ojos la mirada dura
de la Liga posándose en la armada,
junto al sanjac que en su galera ondea
el iracundo Ali, jura y bravea.»

Oíd, por último, señores, las patéticas octavas en que el inspirado poeta habla de Cervantes, introduciendo felicisimamente su nombre entre las glorias de Lepanto, como un rubí que brilla engastado en una joya de oro purísimo:

«Y allí también su gentileza ostenta,
un soldado español; su noble mano
el pesado arcabuz fiera sustenta
muertes lanzando al bárbaro otomano:
en su ancha frente el porvenir asienta
de la gloria el destello soberano,
orlando con reflejos deslumbrantes
el pensamiento audaz del gran CERVANTES.

.....

Si hay una pluma que á su fama baste
otra pluma será, que no la mía,
que existe entre él y yo para contraste,
y es poco á fé, la eternidad vacía:

bronces y rocas el buril desgaste,
para esculpir sus timbres á porfia,
que ante Cervantes, solo reverente
sé admirar y callar y hundir la frente.

Miróle España con valor rompiendo
el cerrado tropel de los infieles,
á la par de don Juan, bravo cogiendo
sobre el sangriento mar rojos laureles;
como soldado su renombre haciendo
digno del porvenir, que en ecos fieles
si de las musas le llamó el encanto
llamóle al par el *Manco de Lepanto*.

Las muestras de aprobacion que oigo por todas partes justifican, como yo esperaba, el fallo imparcial de mis dignos compañeros. Quien tal dice, quien tal siente y espresa, es un verdadero poeta. ¿Qué importa que la precipitacion con que ha tenido que escribir su poema, en el angustioso término de cuarenta ó cincuenta dias, que han sido los concedidos para este certámen, le haya hecho incurrir en alguna ligera incorreccion, de que jamás se libertan aun las obras maestras del arte y de la poesía?

Coronad, señores, al genio triunfador: batid las palmas en su aplauso; y ofrezcanle las bellas y nobles damas, reinas de este pacífico torneo, esa flor de oro, emblema de su actual victoria y presagio seguro de otras mayores. Yo solo puedo añadir á ese magnífico presente otra flor pobre y marchita: mi admiracion y mi enhorabuena.

.....

JOSE DE CASTRO Y OROZCO.

La Batalla de Lepanto.

*Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero.*
(El divino Herrera).

I.

Alta memoria y eternal proeza
Hoy pretendo cantar del nombre hispano ,
Y al medir del asunto la grandeza
Vacila mi razon, tiembla mi mano ;
Para llegar á tan suprema alteza
Se necesita aliento sobrehumano ,
Y soy, pues la soberbia no me engaña ,
Débil cantor para la grande España.

II.

Mas si me ayuda Dios (que en el confío
Bajo el amparo de la fe cristiana)
Y un rayo de su inmenso poderío
Lanza á mi oscura inteligencia humana ,
Con noble acento y desusado brío ,
Arrancando á la historia castellana
Su mas luciente página de gloria ,
Cantaré de Lepanto la victoria.

III.

Y del hijo del César Carlos Quinto ,
Que el águila imperial alza en sus garras
Del templo de la fama hasta el recinto ;
Del que llevó á Lepanto como en arras ,
De la morisca turba en sangre tinto ,
El triunfo de las rudas Alpujarras ,
Ensalzaré el valor y la fortuna
Con que hundió ante la cruz la media-luna.

IV.

Tal el asunto es ; tal la persona ,
A cuya altura elévase mi acento ;
Tal el noble recuerdo con que abona
Su empresa mi atrevido pensamiento ,
Que su presente mísero abandona
Para lanzarse audáz al mar y al viento ,
Y ver allí contra el infielalzada ,
De la invencible cruz la fuerte armada.

V.

¡Genio de la verdad , tú , que presides
La historia y con tu luz pura y brillante
Los hondos senos del pasado mides ;
Tú , que severo , eterno é incesante ,
Las causas guardas de las crudas lides
Que de la humana raza van delante ,
Haz que el pasado ante mis ojos ceda ,
Dame tu luz por que mentir no pueda !

VI.

Haz que yo logre ver el siglo de oro
De mi España infeliz ; haz que me anegue
De gloria en su riquísimo tesoro ,
Y que á los tiempos de pujanza llegue ,
En que , lanzado de su seno el moro ,
Un nuevo mundo á su corona agregue ,
Llevando su bandera y sus altares
De la remota América á los mares.

VII.

¡ Fastos de gloria ! en español Oriente
Se alzaba el rojo sol , y con el dia ,
Al hundirse en los mares de Occidente ,
Suelo español bajo su lumbre via :
De contiuo su disco resplendente
En armas españolas relucía ,
Y no hubo tierra estraña ni ribera
Do no viese flotando su bandera.

VIII.

A la voz del gigante soberano
Retemblaban cobardes las naciones ;
Aterrose en sus rocas el britano ,
Al fiero retronar de sus cañones ;
Dobló humilde su espalda al Océano
Bajo sus invencibles galeones
Y el pueblo rey para admirar su gente
De su inmenso sepulcro alzó la frente.

IX.

Flandes , Italia , Francia , el abrasado
Africano confin , el rico suelo
Por el Inca magnífico habitado ,
Desde el oriente á la region del hielo ,
Campo de triunfo dieron al soldado
De España vencedor , y si hasta el cielo
No fué á asaltar las refulgentes salas
No quedó por valor , sino por alas.

X.

Grande entonces, potente y soberana
La hermosa Iberia se mostró á las gentes ;
De su historia á la luz aun muestra ufana
El recuerdo eternal de sus valientes ,
Que si cediendo á la flaqueza humana
Doblaron al morir las nobles frentes ,
Dejaron para ejemplo de la historia
Sobre sus tumbas su laurel de gloria.

XI.

Mas el Señor eterno , el que en su mano
Tiene sujeto á leyes el destino ,
Para atajar al pueblo castellano
De la soberbia en el letal camino ,
Para darle á entender cuanto hay de vano
En el poder del hombre y de mezquino ,
Dejó que un pueblo infiel hasta él llegara
Y sus glorias con sangre salpicara.

XII.

Pueblo á quien dora la indomable frente
El sol que en el desierto reverbera ;
Raza de tigres, que jamás se siente
Harta de sangre en su pujanza fiera ;
Dura, cruel y belicosa gente,
Que del Islam siguiendo la bandera
Ladrones son si rigen sus corceles
O piratas del mar en sus bajeles.

XIII.

Grecia, Malta, Venecia, Francia, España ,
Probaron el rigor de este enemigo ;
No hubo ribera libre de su saña ,
Ni pueblo fuerte, ni seguro abrigo ,
En cuanto la onda azul sonante baña
Del mar Tirreno, funeral testigo
Del pánico terror con que la Europa
Miró acercarse la otomana tropa.

XIV.

De la impura Bizancio en los bazares
 Gimió cautiva la doncella hermosa ,
 Y á su amor arrancada y á sus lares
 Hijos y esposo lamentó la esposa ;
 El ministro de Dios, de sus altares
 Fué apartado ; la casta religiosa
 Vió con horror trocada su clausura
 Del vil harem por la mansion impura.

XV.

Y no fué ya tan solo oro y belleza
 Lo que el turco feroz buscó insaciable
 De su codicia vil y su impureza
 Para calmar la sed abominable ;
 La Europa en sus ensueños de grandeza
 Quiso su esclava hacer, y á la espantable
 Acometida del feroz Oriente
 Se aterraron las playas de Occidente.

XVI.

Y recordóse el tiempo en que bravía
 Las hueste que Taric acaudillaba
 Esterminó la goda monarquía
 Por los amores de la infausta Kaaba :
 De siete siglos la contienda impía
 La rebelde Alpujarra sustentaba ,
 Y aun el viento español entre sus breñas
 Del morisco agitaba las enseñas.

XVII.

Sintió España subir á su mejilla
Generoso rubor, y el rey prudente,
El gran Felipe, irguió la sin mancilla,
Alta, serena y poderosa frente;
El romano Pontífice en su silla
Se alzó á mirar á la proterva gente,
Y uniéndose al furor del castellano
El pendon de la cruz alzó su mano.

XVIII.

Y el rey potente, el domador del mundo,
El español cristiano y caballero,
Felipe (que si en nombre fué segundo,
No tuvo mas que en nombre otro tercero),
De su raza imperial fruto fecundo
Un mancebo eligió para que al fiero
Turco, las armas de la fe llevara
Y su pendon con honra sustentara.

XIX.

Hijo de Carlos Quinto el real soldado,
En años jóven, en hazañas viejo,
De las hermosas por galanpreciado,
Tenido por prudente en el consejo,
Y por fiero en las lides respetado;
De la sangre imperial claro reflejo,
Y á quien, nacido para empresas grandes,
Llamaba el turco y esperaba Flandes;

XX.

Don Juan, de Austria blason, gala de España,
De la Liga al flotar de la bandera
De la ancha mar sobre la azul campana,
La armada de la cruz llevó guerrera,
La prora vuelta al punto donde baña
Naciendo el sol la roja cabellera,
Y donde sobre el Bósforo galana
Se alza altiva Bizancio la sultana.

XXI.

Gimió orgulloso el mar, ledo rizando
Junto á la fuerte escuadra sus espumas,
Con frescas brisas á la par besando
Nobles banderas y bizarras plumas;
La blanca luna, plácida brillando,
Al horizonte entre perdidas brumas,
Cuando el sol al poniente se escondia,
Para alumbrar la armada aparecia.

XXII.

Y una tras otra bonancible aurora
El esplendente sol la vió aprestada,
Vuelta á los mares la tajante prora
Avanzar por los vientos impulsada,
Y veinte veces pura y brilladora
Alumbróla la luna, desdeque alzada
La vió Mesina bajo el signo santo,
Hasta que entró en las aguas de Lepanto.

XXIII.

Era el amanecer de un claro día ,
Y el horizonte límpido y galano
Con las rosadas tintas se teñía
Precursoras del astro soberano ;
La mar abierta ante su rumbo via
La escuadra fiel, y en límite lejano
La Morea á su diestra dilatada
Y Cefalonia á su siniestra alzada.

XXIV.

Y de Don Juan en la alta capitana
Cóncavo el hierro saludó tronando
Al Hacedor, y en oracion cristiana
Dobló las frentes el guerrero bando ,
La enseña al tope levantóse ufana ,
Y los marinos ecos despertando
Sus bombardas soltaron las galeras
Y tendieron al viento sus banderas.

XXV.

Era llegado el memorable día
En que á Don Juan la suerte sublimara ,
Y del turco indomable la osadía
Ante su noble espada se postrara ;
El sol , que ya en las armas relucia ,
Estaba escrito que en su luz bañara
La dura lid que guarda á la memoria
En sus fastos magníficos la historia.

XXVI.

Y eran de ver apuestas y ligeras
Las ruidosas corrientes contrastando ,
De España las fortísimas galeras
Con las de Malta y Roma navegando ,
Y Venecia sus naves altaneras
En las saladas ondas reclinando ,
Como en los brazos muéstrase orgullosa
Del atleta feroz la bella esposa.

XXVII.

Cincuenta y cuatro naves Andrés d'Oria
Con banderolas verdes distinguidas
Llevaba á vela y remo á la victoria
A punto de combate apercebidas :
Don Juan de Austria, anhelando alta memoria
Setenta y cuatro naves bien regidas,
Con banderas azules señaladas ,
Tras su enseña inmortal llevaba armadas.

XXVIII.

Cincuenta y cinco quillas voladoras
Mandaba Barbarigo el veneciano ,
Mostrando en sus enseñas flotadoras
Amarillo color : y el bravo anciano
Marqués de Santa-Cruz, en treinta proras
El nombre sustentaba castellano ,
Flámulas blancas entregando al viento
Divisas de su bélico armamento.

XXIX.

Avante, ocho bajeles gobernando ,
Viase al español Juan de Cardona ,
Montes de espumas ante sí llevando
Al rudo empuje de la hinchada lona ;
Los brillantes espacios explorando ,
Del horizonte azul en la ancha zona,
Y ansiando ver en el lejano oriente
La aguda vela de la turca gente.

XXX.

A la fin en la nave mas velera
De la avanzada flota esploradora ,
El atalaya, que en atenta espera
Observaba la mar desde la aurora ,
Alzóse de repente y la voz fiera
Entregando á la brisa voladora ,
Dejó escuchar en grito vigilante:
«¡ A las armas! ¡ galeras al levante!»

XXXI.

Redobló el atambor , entró crugiendo
La pesada bombardas en batería ,
La pólvora estalló y al ronco estruendo
Gimió vibrando la estension vacía ;
Las fuertes palamentas requiriendo
Los forzados batieron la onda fria ,
Y de bravos soldados coronadas
Se miraron las proras artilladas.

XXXII.

Ceñidos los arneses relucientes ,
Con mirada animosa y rostros fieros ,
Por las anchas escotas á los puentes
De la Liga se alzaron los guerreros ;
Vianse allí romanos indolentes ,
Soberbios venecianos con los fieros
Hijos de España , y por la cruz armados
De la guerrera Malta los soldados.

XXXIII.

Escuchóse en las naves de la Liga
La tremenda señal tan anhelada ,
Y ansiosa de verter sangre enemiga
De Don Juan relumbró la invicta espada ;
Ceñida la fortísima loriga ,
La adarga al pecho y la visera alzada,
En el alcázar , afrentando á Marte ,
Se alzó junto á la cruz de su estandarte.

XXXIV.

Y desde allí, con ánimo sereno ,
La indudable victoria preparando,
A torpe miedo y á ignorancia ageno ,
Fué sus fuertes escuadras ordenando
En línea estensa , sobre el ancho seno
De la mar los bajeles dilatando,
Cual móvil y fortísima estacada
Entre Europa y el turco levantada.

XXXV.

Del santo y venerado Quinto Pio
La capitana alzábase á su diestra ,
Y Venecia el inmenso poderio
De sus naves mostraba á la siniestra ;
Génova , España y Malta , de su brío
Daban no lejos ostentosa muestra ,
Y la reserva á popa de la armada
Formaba á socorrerla aparejada.

XXXVI.

Cual si cumplido viera su destino
A la vista del turco calmó el viento ,
Y el mar tendióse terso y cristalino ,
Faltas sus ondas de impulsivo aliento ;
La vela inútil, en batir contino
Dió á las naves el remo movimiento ,
Y si antes cual alígeras volaron ,
Como delfines rápidas nadaron.

XXXVII.

Y el canto con que miden los forzados
Rauda compás á los pujantes remos ,
Los cien rumores aumentaba alzados
De la estendida línea en los extremos ,
Como cuando en el coso congregados
Ruidosa alzarse y turbulenta vemos ,
La multitud que espera la salida
De la valiente fiera prometida.

XXXVIII.

Que tal era la sed , tal el coraje
Con que buscaba al bárbaro otomano ,
Labar ansiando su insolente ultraje
En sangre hasta teñir espada y mano ,
El ilustre y fortísimo linaje
Del valeroso y triunfador cristiano
Por Dios para la empresa bendecido
Y por su santa enseña conducido.

XXXIX.

Mas súbito calló la voz tronante
De la estendida armada, cual si el sueño
Sacudiera el silencio y un instante
De escuadra cielo y mar se hiciera dueño ,
Y las ondas venciendo , salió adelante
Un ligero batel, que aunque pequeño
Por que su altiva empresa clara diga
Ostenta la bandera de la Liga.

XL.

Junto á la noble enseña la persona
Se levanta de un jóven caballero ;
Por galan y soldado al par le abona
Sobre el talle gentil brillante acero ;
Rico penacho su morrion corona ,
Y en el cóncavo escudo en mote fiero
Para añadir nobleza á tantas galas
El águila imperial tiende las alas.

XLI.

Sus bellos ojos de mirada pura
Son de paloma cuando amantes miran ,
Y del leon ostentan la bravura
Si del combate en la matanza giran ;
Si á las damas amor con su dulzura
Entre el concento de la fiesta inspiran ,
Ante ellos tiembla el enemigo fiero
Cuando redobla el atabal guerrero.

XLII.

Su hermosa mano blanca y modelada ,
Que tejió acaso cándida corona
Para la tersa frente de su amada ,
Cuando su fuerza y su destreza abona ,
Alzando en alto la tajante espada ,
Ni vacila , ni cede , ni perdona ,
Ni es dado concebirla de otra suerte
Que cual tremendo rayo de la muerte.

XLIII.

Era Don Juan, el fruto misterioso
Del amor mundanal de Carlos Quinto ;
Don Juan, noble mancebo generoso
Ya de cien lides con la sangre tinto ;
Jóven, á quien el hado rigoroso
Si dió laureles á su noble instinto ,
A su cuna imperial dió bastardía
Y á su vida temprana muerte impía.

XLIV.

Mas no enlutemos con siniestro canto
 Cuando un himno de triunfo le debemos
 El famoso recuerdo de Lepanto
 En donde hermoso y juvenil le vemos ;
 Del entusiasmo con el fuego santo
 Su prez y la de España recordemos ,
 Que cuando glorias , mágica , delira
 No consiente el crespon la noble lira.

XLV.

Escuchemos su voz : ante la armada
 Robusta vibra en inspirado acento :
 Para escucharla , la cabeza algada
 Alzó el Dios sobre el tímido elemento :
 Llevóla , por sus alas dilatada ,
 A la estendida línea el fresco viento ,
 Y así don Juan á sus escuadras dijo
 En las manos alzando un crucifijo:—

XLVI.

«¡ Valientes capitanes y cristianos !
 «¡ Gentes que me escucháis ! ¡Liga sagrada !
 «¡ Los que el hierro mortífero en las manos ,
 «Por Cristo vais contra la fuerte armada
 «De esos bárbaros pueblos otomanos !
 «De vencer ó morir la hora es llegada ,
 «Que ya cubriendo el mar con sus bajeles
 «Teneis ante los ojos los infieles.

XLVII.

«No á pediros valor la lengua mia
«Os dirige su voz ; fuera un ultraje!
«Que prenda es el valor de la hidalguía ,
«Y la bravura os viene de linaje ;
«Que bien se que os aqueja por tardía
«La ya cercana lid , y que el coraje
«Dilata vuestros fuertes corazones,
«En que se alienta sangre de leones.

XLVIII.

«Mas por la santa cruz que alza mi mano ,
«Cual signo vencedor de esta jornada ,
«Y por mi fé de hidalgo castellano ,
«Con mentira ó traicion nunca manchada ,
«Juro que he de morir , ó al otomano
«Hacer probar el corte de mi espada ,
«Hasta que la onda azul que nos sustenta
«En su seno le dé tumba sangrienta.

XLIX.

«Cual hoja seca , que bramando lanza
«Ante sí el huracan embravecido ,
«Puesta en Dios y en vosotros la esperanza
«Arrollaré á ese pueblo descreido ;
«Y la santa justísima venganza
«Llevando á plazo y término cumplido ,
«Aras y cruces alzaré benditas,
«De la impura Stambul en las mezquitas.

L.

«¡Sús, á la lid, que la impaciencia ruje
«Dentro mi corazon y le devora!
«¡Del largo remo el poderoso empuje
«Haga volar la quilla cortadora!
«¡Sús, á la lid, y del cañon que cruge
«Junto á la fuerte voz atronadora,
«Puesta en Dios y en la patria la memoria
«El cántico entonemos de victoria!»—

LI.

Dijo, y á una señal la capitana
Lanzó de fuego y humo un torbellino,
Y al fragoroso estruendo, soberana
Se alzó la cruz del redentor divino
Al tope de la nave castellana,
Que en las ondas abriéndose camino
Avanzó con indómita pujanza,
Como el corcel que á batallar se lanza.

LII.

Con no menor empuje y ardimento,
Juntas en espantable muchedumbre,
Llevaban sobre el líquido elemento
Las naves del infiel su pesadumbre,
Por hueste conduciendo las sin cuento
Razas feroces, que en rojiza lumbre
Dora el sol en los anchos arenales
De los áridos yermos orientales.

LIII.

Allí viene el salvaje beduino
De atezado semblante y ojos fieros ;
El scita ligero ; el que al destino
Debió cuna de Egipto en los linderos ;
El indomable y bárbaro argelino ;
Los de Túnez y Fez hijos guerreros ;
Con las razas del Caúcaso ; otomanos ,
Negros de Libia y blancos circasianos.

LIV.

Pueblos, colores y armas diferentes
En desórden extraño confundidos ;
De nobles persas las altivas frentes
Entre esclavos se ven envilecidos ;
Unos activos y otros indolentes ,
Contra el cristiano van embravecidos ,
Soñando esclavos de su inmensa tropa
Los bellos campos de la rica Europa.

LV.

Avanzado al bauprés ; la frente oscura ,
Por fatídica ruga señalada ;
La agudísima y blanca dentadura
Tras los convulsos labios apretada ;
Torba en sus ojos la mirada dura
De la Liga posándose en la armada ,
Junto al sanjac que en su galera ondea
El iracundo Ali, jura y bravea.

LVI.

Cual tigre que en las fauces sed cruenta
 Siente, y rugiendo hácia la presa avanza ,
 Asi las naves del cristiano cuenta
 Cual presa ya de su feroz venganza
 El rudo Ali-Bajá, que ronco alienta
 De sus cansados remos la pujanza ,
 Y ya impaciente en su furor sanguino
 Empuña el ancho acero damasquino.—

LVII.

«¡Vogad! ¡vogad! el bárbaro les grita ;
 «¡Salvad el ancho mar que nos separa ,
 «Y al nazareno audaz que nos incita ,
 «Arranquemos la cruz con que se ampara !
 «¡Dios solo es vencedor! y su bendita
 «Palabra he de llevar hasta do para
 «El sol, doblando la cansada frente ,
 «En las últimas tierras de Occidente,

LVIII.

«¡Dios solo es vencedor! ¡vogad! ¡tronemos
 «Junto al cristiano infiel, y su bravura
 «Entre la sangre y el fragor provemos
 «De la batalla inexorable y dura !
 «Que aun alienta en nosotros demostremos
 «De Agar y de Ismael la sangre pura,
 «Y si en el mar los destrozais, en guerra
 «Nuestros corceles hollarán su tierra.

LIX.

«Alli os esperan lánguidas esclavas ,
«Un cielo de zafir y un sol de oro :
«Si amantes sois, encontrareis cien Kabas;
«Si avaros, de riquezas un tesoro :
«De Granada las rojas alcazabas
«La vuelta esperan del vencido moro ,
«Y aun lloran de sus dueños la mancilla
«Córdoba hermosa y la gentil Sevilla.

LX.

«¡Dios solo es vencedor! ¡vogad, y á ellos!
«¡Tras esa armada se levanta Europa !
«Sus ricos pueblos y sus campos bellos
«Vuestros serán, y la vencida tropa
«Antes que el sol oculte sus destellos,
«Juro que ha de mirar sobre mi popa
«De ese Don Juan, marchita la belleza,
«En una pica la imperial cabeza.»—

LXI.

Calló del fiero Alí la voz rugiente ;
Del azote cruel la espalda herida,
Forzó el remo el cautivo diligente,
Y en media-luna, sobre el mar tendida,
La escuadra infiel adelantó potente ,
Hasta llegar á la ocasion temida
En que las dos armadas se allegaron
Y en imponente muestra se mezclaron.

LXII.

Dame, Señor, la voz del ronco trueno ;
Del huracan el silvo embravecido ;
El tonante fragor con que del seno
Lanza el volcan su cráter encendido ;
El torbellino espeso, que el sereno
Azul del aire empaña, y el temido
Sacudimiento que espantable aterra
Al conmovirse la tremante tierra.

LXIII.

Que tal tronó la ronca artilleria,
Los silvadores hierros vomitando,
Con furia sin igual y fuerza impia
A cristianos y á turcos destrozando ;
Y tal al cielo se elevó sombría,
En los aires sus nieblas condensando ,
Blanca columna de humo turbulento ,
Y tal tembló la mar, y vibró el viento.

LXIV.

Y no hay lengua que baste ni pinceles
A decir ó pintar el trance horrendo :
El humo espeso oculta los bajeles ;
Cubre la voz del hombre el fiero estruendo
De la voz del cañon; de los infieles
No se sabe el lugar, ni do muriendo
Mira entre horrores mísero cristiano
Vengar su muerte á valeroso hermano.

LXV.

No hay ceder, no hay parar; zumba y rebrama
La dura lid; el fuego centellea;
Fiero el clarín á la contienda llama;
Cuerpos y jarcias la corriente ondea;
Rojizo resplandor el arie inflama;
El hierro sobre el hierro martillea,
Y no se sabe, echada ya la suerte,
De quien es el triunfar, de quien la muerte.

LXVI.

Embistense con furia las galeras;
Crúzase el hierro; avivase el coraje;
Vuelan tocas, turbantes y cimeras
Al pujante chocar del abordaje;
Destrozos y matanzas lastimeras
En sus espumas cubre el oleaje,
Y ni el cristiano cede en su pujanza
Ni de sus naves el infiel avanza.

LXVII.

No hay un punto en la lid del que á raudales
Sangre no corra, el Ponto enrojeciendo,
Ni ya cubrir los gritos funerales
Del cañon matador puede el estruendo;
Nadie piedad demanda, ni señales
De flaqueza se dan, aunque muriendo,
Ni bajo el sol relumbran las espadas
Hasta el terrible pomo ensangrentadas.

LXVIII.

Cual vemos retronando la tormenta
Lanzar ante su tromba el torbellino ,
Y la fulgurea luz que el rayo alienta
Teñir la niebla en resplandor sanguino ;
Asi la tromba de la lid cruenta,
Rugiendo y retronando de continuo ,
Zumba , se agita , se dilata , crece ,
Y hasta á los cielos amagar parece.

LXIX.

Oyóla el huracan en las honduras
Donde le guarda Dios encadenado ,
Y rompiendo sus fuertes ligaduras ,
Lanzóse sobre el mar desefrenado :
Alzáronse las líquidas llanuras
En montes á su impulso , y arrollado
El humo en anchas ráfagas tendióse
Y el trabado combate ver dejóse.

LXX.

Del turco en la soberbia capitana
El almirante Alí, de ira inflamado ,
En alas corre de su furia insana
El sanjac á los vientos desplegado ,
Donde la cruz se eleva soberana
Mostrando el Dios del Gólgota enclavado ,
Y donde , ansiando ensangrentar su acero ,
El valiente Don Juan se alza el primero.

LXXI.

Naves rompiendo, fuegos y oleaje
Al par las capitanas se enfilaron ,
E impulsadas de lúgubre coraje
Potentes á encontrarse se lanzaron ;
Al terrible chocar de su abordaje
Los ligados maderos rechinaron ,
Y de Cristo los bravos caballeros
Con el infiel cruzaron los aceros.

LXXII.

Giran alrededor de las asidas
Capitanas galeras , en su ayuda ,
Las de Roma y Venecia: y las temidas
Del Dey de Argel , que con pujanza ruda ,
Por las de Malta y Génova embestidas ,
La lid sostienen resonante y cruda ,
Dando en continuo son y movimiento
Cadáveres al mar , gritos al viento.

LXXIII.

Horrible fué el chocar , la lucha dura ;
Por cada paso que el cristiano avanza ,
El turco alfanje á la region oscura
Por centenares , castellanos lanza ;
Ardiendo el arcabuz muerte fulgura ,
Rechina el hierro y con feroz pujanza
Rugiendo cual pantera enfurecida
Ali-Bajá resiste la embestida.

LXXIV.

Como el fiero leon cede cansado
Y paso á paso , la terrible huella
Retira por los tigres acosado ,
Y el ojo matador rojo centella ,
Y do alcanza su garra , denodado
Avanza , hiende , rompe , y atropella
En torno suyo rugidor dejando
Despedazados restos palpitando ;

LXXV.

Asi de su galera sobre el puente
Revolviéndose Alí , ruge y batalla ;
Donde su brazo alcanza , alli se siente
Hierros cortando á la acerada malla ,
Su duro yatagan , que reluciente
En alto siempre matador se halla ,
Por el cóncavo pomo destilando
Caliente sangre del cristiano bando.

LXXVI.

Y allí el noble Don Juan bravo sustenta
La prez de su blason en lid activa ;
Su ponderosa espada se ensangrenta
Hiriendo sin cesar ; la muerte esquiva
Le respeta do quier ; la huella asienta
Sobre infieles cadáveres , y altiva
De su esplendente fama con la gloria
Ante él bate las alas la victoria.

LXXVII.

Síguenle , las banderas desplegadas ,
 Y en pos de sus valientes capitanes ,
 Gloria de los Cardonas y Moncadas ,
 Los tercios españoles y alemanes ;
 Allí hicieron sus famas renombradas
 Figueroas , Padillas y Bazanes ,
 Y con claro valor en trances fieros
 Cien linajes de bravos caballeros.

LXXVIII.

Y allí tambien su gentileza ostenta ,
 Un soldado español ; su noble mano
 El pesado arcabuz fiero sustenta ,
 Muertes lanzando al bárbaro otomano ;
 En su ancha frente el porvenir asienta
 De la gloria el destello soberano ,
 Orlando con reflejos deslumbrantes
 El pensamiento audaz del gran CERVANTES.

LXXIX.

¡ Genio , que guardas de la patria mia
 El noble orgullo , de tu fuego santo
 Claro destello á mi rudeza envia ,
 Que en luz inunde , mi afanoso canto !
 ¡ Musa de las batallas , que sombría
 Presides la matanza y el espanto ;
 Cesa , cesa en tu horror , que entonar quiero
 Himno de triunfo al vate y al guerrero !

LXXX.

¡ Mas insensato afan ! ¿ Donde las alas
 Bastantes á llegar hasta su altura ?
 ¿ Quién al mundo y á Dios robando galas
 Pintará de su genio la hermosura ?
 ¿ Cómo desde la tierra hasta las salas
 Eternas ascender , donde fulgara
 De torrentes de gloria circundado
 De Cervantes el nombre venerado ?

LXXXI.

Si hay una pluma que á su fama baste
 Otra pluma será , que no la mia ,
 Que existe entre él y yo para contraste ,
 Y es poco á fé , la eternidad vacía ;
 Bronces y rocas el buril desgaste ,
 Para esculpir sus timbres á porfía ,
 Que ante Cervantes , solo reverente
 Sé admirar , y callar , y hundir la frente .

LXXXII.

Miróle España con valor rompiendo
 El cerrado tropel de los infieles ,
 A la par de Don Juan , bravo cogiendo
 Sobre el sangriento mar rojos laureles :
 Como soldado su renombre haciendo
 Digno del porvenir , que en ecos fieles
 Si de las musas le llamo el encanto ,
 Llámole al par el *Manco de Lepanto* .

LXXXIII.

Sigue en tanto el furor : el mar, cubierto
De cadáveres ya , ruge sañudo :
Lídiase por do quiera al descubierto
Desclavado el arnés , roto el escudo ,
Flotan galeras el combés desierto ,
Rasgado el pabellon, el bronce mudo,
Mientras en otras se alza rugidora
Del incendio la llama brilladora.

LXXXIV.

Al fin ante el cristiano en lucha fiera
Rueda entre sangre Alí : se alza espantable
Su cabeza á una pica , y su bandera
Ante la cruz se humilla venerable ;
Al ver la capitana prisionera
El Dey de Argel escapa miserable ,
Y se rinden vencidos los infieles
Sobre un lecho de rojos alquiceles.

LXXXV.

Y allí quedó la flor de la nobleza
De las fuertes naciones coligadas ,
Y del turco indomable la rudeza ,
Del mar entre las ondas sepultadas ;
Pretender describir cada proeza
Voz y ocasion requieran dilatadas ,
Que tales , tantas y tan grandes fueron ,
Que en su misma grandeza se perdieron.

- LXXXVI.

¡ Allá van , allá van , rotas las velas ,
Del fuego del combate ennegrecidas ,
Cual rebaño de tímidas gacelas ,
Por furioso leon acometidas !
¡ Allá van , cual caballo á quien espuelas
Dá cobarde ginete y suelta bridas ,
Vueltas de proras al cercano oriente
Sobre las ondas de la mar rugiente !

LXXXVII.

Al fin es libre el mar , y en la ribera
La breve planta bañará en las olas
La vírgen de flotante cabellera
Sin temer las piratas banderolas ;
Ni en los viles harenos lastimera ,
Su pudor y su fe llorando á solas ,
La esposa del Señor verá sonrojos
De impuros musulmanes en los ojos.

LXXXVIII.

¡ Triunfó la cruz ! su símbolo sagrado
Fué señal de terror al trace fiero.....
¡ Cantemos al Señor , que dió al soldado
Claro valor y al noble caballero !
Al Dios de las batallas que humillado
Tendió al infiel ante el cristiano acero ,
Y dió en el mar sangrienta sepultura
A los despojos de la gente impura !

¡ Gloria á los esforzados campeones
Que de la cruz bajo el divino amparo
En sangre infiel tiñeron sus pendones
Y en Lepanto adquirieron nombre claro !
¡ Salud á las fortísimas legiones ,
Que á sus lares sirviendo de reparo ,
Vengaron en las ondas turbulentas
De la ofendida Europa las afrentas !

XC.

Y tú , ilustre Don Juan , cuya bravura
A potentes monarcas causó celos ,
Perdona si mi voz osó insegura
Alzarse de tu gloria hasta los cielos:
Duerme en paz en tu noble sepultura
Entre el polvo imperial de tus abuelos,
Y si escuchas allí mi débil canto,
Vé con cuanta humildad mi voz levanto.

FIN.

